

Los Exilios de José Bergamín. Cinco secuencias

Luis Muñoz

EL POETA LUIS MUÑOZ RETRATA A JOSÉ BERGAMÍN, DEL QUE ACABA DE PUBLICARSE SU BIOGRAFÍA *JOSÉ BERGAMÍN. ÁNGEL REBELDE* (EDITORIAL FOCA), EN CINCO LÚCIDAS INSTANTÁNEAS.

Primera secuencia. *12 de diciembre de 1954*. José Bergamín, sin pasaporte en regla, pasa unas pocas horas en Barcelona, las primeras en España desde su salida tras la guerra civil. A pesar del riesgo que supone esa breve estancia, decide aprovechar una escala del barco en que viaja desde Uruguay rumbo a la costa francesa —con la idea de instalarse en París— para poder pasear por la ciudad y estar unos momentos con sus hijos Teresa y Fernando, a los que había enviado a España un año antes.

En una carta de noviembre de 1953 a su amigo el abogado Justino Azcárate, que había sido Ministro de Relaciones Exteriores en el Gobierno de Coalición constituido en julio de 1936 y que estaba exiliado en Venezuela desde 1939, había escrito: «Hay que volver. Siempre que se pueda. Quiero decir, en cuanto se pueda. Y yo todavía espero poder. Ahora irá Teresa. Y tal vez Fernando. De este modo me parecerá sentirme volver con ellos y por ellos».

Pero en los meses anteriores a ese viaje que le permite pasar unas pocas horas en Barcelona, Bergamín siente además que ha fracasado. Se lo dice también a su amigo Azcárate: «Apurar —como se dice, hasta las heces— el fracaso total de mi vida (de padre, de escritor, de español, etc... hasta de creyente) es cosa que creo que debo hacer en Europa; y si puedo, en España. Prefiero

—les digo y les repito a mis pocos amigos de estos mundos— ser enterrado vivo que desterrado muerto».

Bergamín había salido de España en mayo de 1939 y se había instalado en México, donde era presidente, junto a Josep Carner y Juan Larrea, de la Junta de Cultura Española, organismo creado para organizar la defensa de la cultura entre los exiliados y cuyo primer instrumento de expresión fue la revista *España peregrina*, que empezó a publicarse en febrero de 1940.

Durante su estancia en México Bergamín fundó la editorial Séneca, que publicó una serie de libros que son una declaración nítida de su agudeza y de su talento crítico: la primera edición de *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca, el libro primero de *La arboleda perdida* de Rafael Alberti, *España, aparta de mí este cáliz* de César Vallejo, la antología *Laurel*, que prepararon Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, Emilio Prados y Juan Gil-Albert, y algunos de sus propios libros, como el tercer tomo de *Disparadero español*, *Detrás de la cruz*, *El pozo de la angustia* y los tres volúmenes de *El pasajero. Peregrino español en América*.

Precisamente en el capítulo «Cartas vistas» de *El pasajero* incluye una carta al periodista venezolano Jenaro Medina en la que le formula con claridad una de sus mayores preocupaciones intelectuales y espirituales, algo así como la almendra de su temperamento crítico:

«Para mi juicio, lo más revolucionario que existe y ha existido en el mundo fue y sigue siendo, natural y sobrenaturalmente, el cristianismo. Mi conciencia revolucionaria de creyente cristiano, universal y católico (pertenezco a la iglesia católica enteramente) me hizo y me hace separar mi fe de toda política confusa. Por eso no me parece verdadero ni justo, equitativo ni saludable, el empeño de identificar y confundir el catolicismo con formas económicas y políticas pasajeras, y en pugna con su propio sentido espiritual, como, por ejemplo, el régimen capitalista. Tampoco con el socialismo. Pero en éste, y en su realización soviética, encuentro mucha más fácil adecuación material y moral con el espíritu del cristianismo; del que, en gran parte, en sus mejores aspectos de afirmación humana, es heredero».

En 1943 fallece en México, a los cuarenta años, su esposa, Rosario Arniches, que era hija del dramaturgo Carlos Arniches, a causa de una peritonitis aguda, y a partir de ese momento a Bergamín se le hace insoportable permanecer en aquel país por más tiempo. Pero no logrará salir hasta tres años después, cuando es invitado por la Universidad de Caracas para impartir un curso de literatura española. En Venezuela vive durante un año y además de las clases en la Universidad enseña también en el Instituto Pedagógico e imparte conferencias sobre sus pasiones intelectuales: la literatura, el toreo y la historia en distintas instituciones. A final del curso, por el bajo nivel de conocimiento de los estudiantes, que hacía dificultoso el desarrollo de las clases, dimite como profesor.

Ese mismo año 1947 recibe una invitación para dar clases en el Instituto de Cultura Hispano Uruguayo, se traslada a Montevideo, donde están sus hijos Teresa y Fernando, y una vez allí es contratado por la Universidad. Según su biógrafo Gonzalo Penalva, en su libro *Tras las huellas de un fantasma. Vida y obra de José Bergamín*, «durante cinco o seis años consigue en Montevideo la tan deseada paz espiritual que había perdido por completo desde el comienzo del exilio». Colabora en numerosas revistas, escribe, sobre todo teatro, pasa los veranos junto a su amigo el poeta Rafael Alberti en Punta del Este y precisamente y viaje junto a Alberti y Pablo Neruda a Varsovia en 1950 para asistir al Congreso por la Paz, motiva la rescisión de su contrato con la Universidad de Montevideo con la acusación de ser comunista. Aunque finalmente vuelve a ser admitido, una vez iniciado el proceso contra él, se le impone la necesidad de salir de América y en 1954 con un estado anímico deplorable, tras sufrir una angina de pecho y con angustiosas estrecheces económicas, encuentra como única salida viajar a París para tratar de rehacer su vida.

Segunda secuencia. *22 de diciembre de 1958*. José Bergamín regresa a Madrid después de casi veinte años de exilio. El modo en que sintió o presintió la idea del regreso lo expresó en un romance publicado un año antes. El poema tiene, como muchos de los suyos, carácter de confesión íntima, de manera de poner en orden algunas ideas personales, de hilo de su conciencia:

VOLVER

Volver no es volver atrás.
Lo que yo quiero de España
no es su recuerdo lejano:
yo no siento su nostalgia.

Lo que yo quiero es sentirla:
su tierra, bajo mi planta:
su luz, arder en mis ojos
quemándome la mirada;
y su aire que me entre
hasta los huesos del alma.

Volver no es volver atrás.
Yo no siento la añoranza:
que lo que pasó no vuelve,
y si vuelve, es un fantasma.
Lo que yo quiero es volver
sin volver atrás de nada.

Yo quiero ver y tocar
con mis sentidos España
sintiéndola como un sueño
de vida, resucitada.

Quiero verla muy de cerca,
cuerpo a cuerpo, cara a cara:
reconocerla tocando
la cicatriz de sus llagas.

Que yo tengo el alma muerta,
sin enterrar, desterrada:
quiero volver a su tierra
para poder enterrarla

Y cuando la tierra suya
la guarde como sembrada,